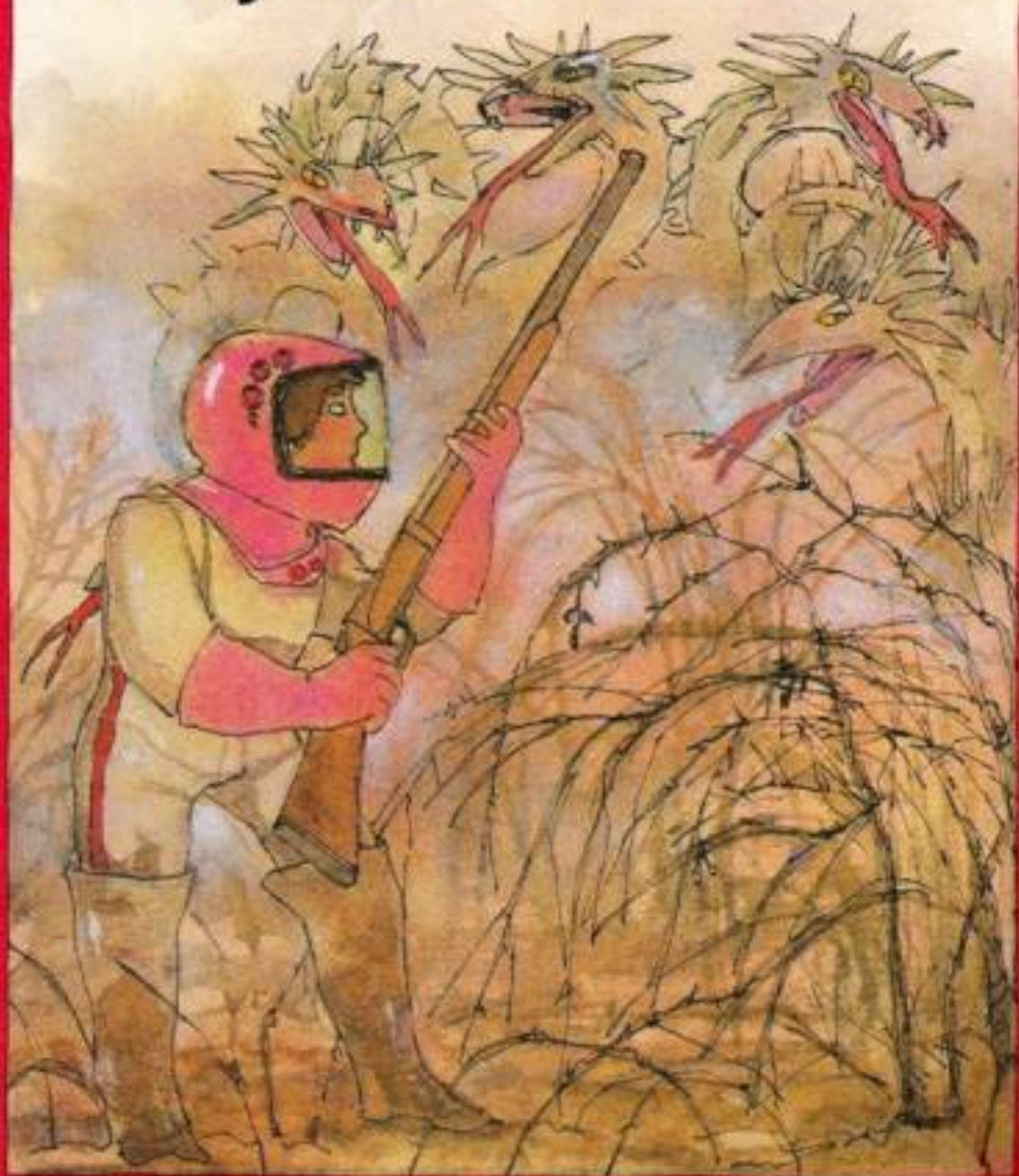




EL BARCO DE VAPOR

Jan Terlouw

El rey de Katoeren



A la muerte del simpático y divertido rey de Katoren, sus siete ministros se hacen cargo del gobierno del país. Al cabo de diecisiete años, Stach, nacido la noche de la muerte del monarca, se dirige a los ministros porque quiere ser el nuevo rey. El consejo le impone como condición pasar siete pruebas difíciles de superar, que representan otros tantos contenidos fantásticos.

Índice de contenido

1. La muerte de un rey
2. Las aves de Decibelio
3. El palenque
4. La tercera prueba
5. Humoacre
6. Nueva contrariedad para el Gobierno
7. Las iglesias ambulantes de Ecúmene
8. La emoción de Katoren
9. Una ciudad triste
10. Los ministros se hacen esperar
11. El inaccesible Pantar
12. El paseo por el parque
13. Paseo por el Bosque de los Jueces
14. El rey de Katoren

Sobre el autor

1 *La muerte de un rey*

ESTA HISTORIA transcurre en el país de Katoren.

Comienza una noche, hace diecisiete años. Una noche muy importante para dos personajes: el rey de Katoren y Stach.

Fue la última noche del rey. Murió. Era octogenario y se hallaba singularmente cansado de reinar. Conoció la vida de un hombre feliz y cordial que triunfó en todo. La misma noche de su muerte sucedió lo que él deseaba. «Cuando muera –había declarado en muchas ocasiones–, deseo que la tempestad desgarré las nubes, que el granizo martillee sobre los tejados, que los relámpagos iluminen el cielo y que el huracán desgaje las ramas de los árboles. Sería incapaz de desaparecer en una suave noche de primavera embalsamada con delicados perfumes, porque tales noches están hechas para pasearse por el parque, para admirar las elegantes evoluciones de los cisnes en el lago y para lanzar magníficos fuegos artificiales.» Pero la noche en que se extinguió la vida del venerable monarca, Wiss –la capital del reino– sufrió el huracán más devastador del siglo. El alma del anciano, tras haber abandonado su enflaquecido cuerpo, arrebatada por la tempestad, fue a refugiarse en un lugar en el que jamás se había aventurado un ser vivo.

Por lo que a Stach se refiere, también fue para él una noche muy importante..., porque entonces vino al mundo. En el instante en que un trueno, más violento que los demás, hacía temblar la humilde vivienda, su madre apretó los dientes con todas sus fuerzas, y Stach lanzó su primer grito de victoria. Tenía los ojos muy abiertos, lo que permitió afirmar a la comadrona:

–Es un chico y tiene los ojos azules.

Para Stach fue una suerte que durante los primeros meses de su vida sólo tuviera que preocuparse de beber y de dormir, porque el destino le asestaría golpes muy crueles. Primeramente fue su padre, un albañil que desde hacía varios meses trabajaba en la restauración de Santa Eloísa, la gran catedral de Wiss. Al día siguiente del nacimiento de Stach, un paje enviado de palacio acudió a la iglesia para anunciar la muerte del rey. Contó después que el hombre que habitualmente se encargaba de izar la insignia real en lo alto del campanario de Santa Eloísa había quedado tan empapado por la lluvia que se encontraba en cama. En consecuencia, las autoridades solicitaban del albañil que subiera hasta el campanario para colocar la bandera. Y eso fue lo que hizo.

El pobre albañil no había podido dormir la noche anterior. Pensando sólo en su hijo, dio un paso en falso, se inclinó hacia atrás y cayó desde lo más alto del edificio. Fueron a dar la noticia a la madre de Stach, que aún no se había repuesto del parto. La desgraciada sintió tal pesadumbre por la muerte de su esposo que sufrió un ataque de fiebres puerperales. Unos días más tarde, Stach se veía huérfano.

Por lo que se refiere al viejo rey, había muerto sin dejar heredero, y el problema de su sucesión planteaba dificultades. Como siempre sucede en circunstancias semejantes, una turba de intrigantes al acecho se entregó a una lucha implacable; finalmente, seis ministros se hicieron con

el poder. Se apresuraron a anunciar la implantación de un sistema que permitiría nombrar a un nuevo rey:

«Katoren merecía un soberano modelo, para hallarlo era preciso rodearse de garantías, etc.» Como era de esperar, nuestros seis ministros no llegaban a un acuerdo; ávidos de calmar su sed de poder, se aferraban a sus puestos como un mejillón a su roca.

Los katoreninos continuaron mostrando su duelo por su llorado rey. Durante sus cincuenta años de reinado sólo conoció el afecto de sus súbditos. Hombre sencillo y sin pretensiones, le gustaba hablar con la gente, prefería los deslumbrantes fuegos artificiales a los discursos pomposos y a los indigestos textos legales. Hasta tal punto que la legislación preveía como mínimo tres exhibiciones anuales de fuegos artificiales: el día de su santo, el de su cumpleaños y, el tercero, cuando lo deseaba; la radio anunciaba, entonces, un «real día de fiesta» en que nadie trabajaba y que era generalmente soleado...

Pero todo esto era ya sólo un recuerdo.

El bebé Stach crecía, totalmente indiferente, como es lógico, a las luchas entabladas en las gradas del trono, a las fiebres puerperales y a las maquinaciones de la Junta ministerial. Era un niño espléndido, rosado, mofletudo y de excelente humor, apenas afectado por una brizna de pedantería. Con los pelos revueltos, tenía una manera muy personal de apretar los labios y crispas las mandíbulas que disuadía definitivamente a cualquiera que quisiera aprovecharse de él.

Por espectaculares que fueran sus dones naturales, no podía vivir del aire, y cada vez que tenía hambre se manifestaba con tanta insistencia que su tío Gervasio abandonaba todas sus ocupaciones. Gervasio era el hermano mayor del padre de Stach. No tenía problemas porque desde hacía más de treinta y tres años era mayordomo del soberano. Hacía brillar las hebillas de plata de sus zapatos, cepillaba su uniforme, ordenaba al cochero que enganchara

los caballos y desempeñaba muchas otras tareas. Pero en pocos días habían desaparecido su rey, su hermano y su cuñada. Tal vez hubiera tomado la decisión de poner fin a su vida si los clamores de Stach no le hubieran hecho ver la realidad. Gervasio lanzó un profundo suspiro de resignación; se fue a la ciudad para comprar leche, un biberón y una tetina y decidió alimentar como mejor pudiera a aquel rorro. Cuando terminó con los entierros instaló al bebé en la casita que ocupaba, tras el palacio.

Así, Stach creció junto a su tío, que había conservado su empleo. Ya que los ministros utilizaban el palacio como sede de sus reuniones, él cepillaba el uniforme del señor Limpito y abría la puerta, cuando le daba tiempo a llegar, al señor Impetuoso. Gervasio era un hombre entregado a servir a los demás. A lo largo de su vida había aprendido a tender su sombrero a quien deseara cubrirse en el instante preciso en que lo necesitara: se había acostumbrado a entenderlo todo con medias palabras y a hacerse perfectamente invisible cuando no se le precisara. Sufría terriblemente aquella constante sujeción sin poder hacer nada para modificar las cosas. En consecuencia, y desde que comprendió que el destino le reservaba la tarea de educar a un chico hasta que se hiciera mayor, adoptó una firme resolución: «Stach no sería un hombre sometido a los caprichos de los grandes, sino un espíritu abierto dispuesto a caminar hacia adelante, incluso al precio de las peores insolencias.» Y dispuesto a aplicar este principio, sólo amonestaba a su sobrino cuando daba prueba de modestia; sólo le castigaba cada vez que se callaba en lugar de responder con insolencia. Fuera de esto, el chiquillo actuaba y se manifestaba como le venía en gana.

Pasaban los años sin que los ministros se pusieran de acuerdo para elegir a un nuevo rey.

Además, no había nadie en Katoren que creyera en aquella posibilidad. Pero, una noche, Gervasio tuvo un sueño extraordinario: estaba tumbado en una hamaca que

había al lado del trono. Era ya muy viejo y se encontraba cómodo. Un fiel servidor llenaba y encendía su pipa mientras que a su alrededor unas atractivas jóvenes lo abanicaban. Cerca de él distinguía las rodillas del rey. ¿Era el viejo monarca que había vuelto, o se trataba de un nuevo príncipe? Tenía que ver su cara.

Concentrando con gran dificultad sus escasas fuerzas, alzó la cabeza, que sostenía difícilmente su flaco cuello, su mirada se deslizó a lo largo del cuerpo del rey y... –¡oh, sorpresa!– ¡Descubrió a Stach en persona!

Gervasio pensaba continuamente en aquel sueño. El chiquillo había venido al mundo la noche en que murió el rey. A medida que crecía se desarrollaban en él ciertas cualidades: valor, energía, honradez..., y Gervasio se convencía cada vez más de que Stach estaba llamado a reinar en Katoren.

EL MINISTRO más antiguo se llama De Seer; tiene sesenta años y las profundas arrugas que surcan su rostro le dan un aspecto de preocupación. No ríe jamás. Cada mañana, con un pincel, dispone cuidadosamente los quince pelos que le quedan en la cabeza. Es la única distracción que se permite; por lo demás, el señor De Seer, ministro de la Seriedad, sólo se consagra a ocupaciones serias. Al día siguiente de la muerte de su soberano modificó las disposiciones sobre los fuegos artificiales. Los prohibió. El ministro De Seer es defensor acérrimo del amor al trabajo y del sentido del deber.

Una magnífica mañana, diecisiete años después de la muerte del rey, el ministro De Seer trabaja en su despacho del palacio. El sol de junio, que inunda la sala, calienta con tal ardor que obliga al político a bajar las persianas venecianas.

Lllaman a la puerta.

–¡Entre! –responde el ministro.

Aparece entonces su colega Eskrupul, ministro de la Honradez.

–Espero no haberte molestado –dice con voz débil. – En absoluto, Eskrupul, siéntate.

Tras un breve diálogo sobre los asuntos políticos más acuciantes, el ministro de la Honradez declara:

–Esta mañana he comprobado que el viejo Gervasio ha trabajado cincuenta años en este palacio. Treinta y tres años al servicio del rey y diecisiete con nosotros.

–Ejem –dice De Seer.

–Me parece justo –prosigue Eskrupul– que organicemos una pequeña fiesta en su honor.

Es el tipo de propuesta indicada para irritar al ministro de la Seriedad.

–Las fiestas constituyen un peligro para el amor al trabajo y al sentido del deber –declara con enfado–. Trata de pensar en otra cosa, mi querido Eskrupul...

–¿Una condecoración?

–Eso me parece perfecto.

Deciden conferirle la dignidad de caballero de la Orden Katorenina del Bisonte. De Seer aprieta un botón y el viejo servidor aparece al cabo de unos instantes.

–¿En qué puedo servirlos, Excelencia? –pregunta Gervasio.

–Por esta vez, en nada –responde el ministro–. Al contrario, deseamos hacer algo por ti. El ministro de la Honradez acaba de recordarme tus cincuenta años de servicio. ¿Has pensado en eso?

–¡Des... desde luego, Excelencia! –balbucea Gervasio, rojo de confusión.

–Hemos decidido nombrarte caballero de la Orden Katorenina del Bisonte. ¿Qué te parece?

«Bastante me importan a mí vuestras tonterías», piensa Gervasio, y después responde:

–¡Verdaderamente, no sé qué contestar, es demasiado!

–En absoluto, en absoluto. No es nada –dice Eskrupul, en tono bonachón–, te lo has merecido.

–¿Hay otra cosa que podamos hacer por ti? –pregunta el ministro De Seer.

–Desde luego que sí –responde Gervasio con gran pasmo de los dos hombres–. Les agradecería que concedieran una audiencia a mi sobrino Stach.

–¿A tu sobrino Stach?

–Nació la noche en que murió nuestro rey; al día siguiente, mi hermano se mató al caer del campanario de Santa Eloísa. Tres días más tarde, mi cuñada moría a consecuencia de las fiebres puerperales. Desde entonces me le encargó del chico... a mi manera.

–Jamás nos has dicho una palabra.

Gervasio guardó silencio. «¡Como si alguna vez se les hubiera ocurrido preguntarme!»

–¿Y con qué motivo deberíamos conceder una audiencia a tu sobrino?

El chambelán, muy turbado, da vueltas y más vueltas entre los dedos a su gorriño.

–Él lo dirá... Tiene algo que pedirles –tartamudea.

–Lo lamento –replica De Seer–, pero no puedo perder el tiempo recibiendo a chiquillos de diecisiete años. Supongo, Eskrupul, que a ti te sucede lo mismo.

El ministro de la Honradez no tiene mayor interés que su colega en conceder esta entrevista, pero no quiere contrariar al mayordomo.

–Dile que venga mañana a las diez –ordena–, yo lo recibiré.

–Os lo agradezco mucho, Excelencia. ¡Adiós, Excelencia!

El nuevo caballero de la Orden Katorenina del Bisonte da media vuelta y abandona la sala.

DE ESTA MANERA, al día siguiente por la mañana. Stach se halla sentado frente al ministro de la Honradez, ministerio propicio a hacerle a uno la vida difícil. Al menos a juzgar por la deformación de los rasgos del rostro de Eskrupul: su labio inferior está agrietado, casi sanguinolento, porque el ministro no deja de mordérselo. A intervalos regulares cierra los ojos durante el tiempo en que se asegura mentalmente de que dice la verdad y nada más que a verdad. Durante años se estrujó el cerebro para decidir si debía empezar realmente sus cartas por la fórmula *Estimado señor*, aunque el destinatario le resultara indiferente o aún peor... ¡Hizo una prueba con *Penoso tostón*, pero la expresión causó cierto alboroto en la opinión pública! A partir de entonces, no escribió ya nada como encabezamiento de las cartas. El método resultó acertado. Las dificultades persiguen al desgraciado Eskrupul hasta el seno de su hogar. No hay día en que no sorprenda a su mujer y a sus hijos con alguna mentira. Como último recurso, sus dos hijos mayores se fueron a continuar sus estudios en el extranjero.

—Así que eres el sobrino de Gervasio... —comienza el ministro de la Honradez.

—Sí, Excelencia —responde Stach con voz firme y mirando directamente a los ojos a Eskrupul.

—¿Y qué es lo que tienes que pedir?

—Señor ministro —empieza Stach—, en diecisiete años han tenido tiempo suficiente para escoger un nuevo rey. Sin embargo, no han llegado a un acuerdo. En consecuencia, he venido a preguntarle lo que conviene hacer para convertirse en rey de Katoren.

El ministro de la Honradez parece que se ha quedado mudo. Jamás se ha atrevido nadie a formular semejante pregunta. Cierra los ojos y reflexiona.

–¡Si hubieras planteado esta pregunta al ministro del Celo habrías sido decapitado en diez minutos!

–¿Por qué? –pregunta sorprendido Stach.

–Porque da a entender que desapruebas nuestra política.

–Exactamente.

–¡Qué vergüenza!

–¡Creí que apreciaría una respuesta sincera!

–Escúchame, muchacho: trataré de olvidar lo que acabas de decirme. Ahora, pídemme otra cosa, un favor que pueda transmitir a mis colegas tranquilamente. Después, regresa a tu casa y no vuelvas a pronunciar tales monstruosidades.

–Señor ministro –prosigue Stach, que parece no haber comprendido nada–, le ruego que transmita mi pregunta al Consejo de Ministros: ¿Qué debo hacer para convertirme en rey de Katoren?

–Eso sería firmar tu sentencia de muerte.

–Debo añadir que he telefoneado a todos los periódicos para anunciarles el objetivo de mi entrevista. Los periodistas, congregados ante la puerta del palacio desde que yo entré, esperan su respuesta con curiosidad. ¿No teme que no estén de acuerdo con usted si su respuesta consiste en blandir mi cabeza en la punta de una lanza?

El ministro Eskrupul rechina los dientes. No se explica cómo el insignificante y dócil Gervasio puede tener un sobrino tan impertinente. Ni por un segundo imagina que este adolescente pueda representar una verdadera amenaza para los ministros. Por otro lado, teme las reacciones de la prensa. Esos individuos están siempre al acecho de la menor inexactitud para lanzar inmediatamente grandes titulares.

–Voy a someter tu pregunta al Consejo –explica en tono altanero–. A su debido tiempo te llegará la respuesta. ¿Algo más?

–¡No, Excelencia!

–¡Adiós, entonces!

Stach se marcha y se apresura a contar a los periodistas su entrevista. Eskrupul permanece meditabundo ante su mesa de trabajo. Su labio inferior va a sufrir una vez más las consecuencias de su contrariedad.

Transcurren las semanas sin que Stach reciba respuesta. Acuciado a preguntas, el tío Gervasio le informa que los ministros se reúnen muy a menudo sin lograr ponerse de acuerdo. Al parecer, según las últimas noticias, dos de ellos desean proscribirle y expulsarle a otro país, mientras que otros dos piden su cabeza, y los dos últimos quieren confiarle siete delicadas tareas.

–Los cuentos antiguos rebosan de ejemplos –afirma Eskrupul.– . Así cuidaremos del sentido de la equidad de la población.

–Y además –añade Limpito–, será bastante fácil imaginar siete trabajos suficientemente penosos para que, ante la primera prueba, corra a acurrucarse entre las rodillas de su tío, llorando a lágrima viva.

Al señor Impetuoso no le parece un método decisivo: él pretende ir al grano directamente. ¡No olvidemos que es el ministro del Celo!

–¡Nada de parloteo inútil! Cortémosle la cabeza –declara mientras febrilmente anota en una agenda sus propias palabras y las de sus colegas.

El señor Laminador le da su aprobación, mientras que De Seer y Fraternal se aferran a su idea de la deportación.

Como último recurso y tras interminables e infructuosos debates, toman la decisión de echarlo a suerte y llaman a Gervasio.

–Tráenos los dados –ordena De Seer.

El chambelán, presintiendo que está en juego la suerte de su sobrino, lleva los dados y el cubilete con mano temblorosa.

–Si sale el uno o el dos, su cabeza –anuncia De Seer–. Tres o cuatro, la deportación. Cinco o seis, los trabajos.

¡Gervasio, lanza un dado!

El anciano casi no necesita agitar el cubilete; su mano tiembla de emoción. Con un gesto huraño lo coloca invertido sobre el verde tapete de la mesa. Después le falta el valor para levantar el cubilete. Impetuoso se lo quita de la mano y se inclina sobre el pequeño cubo de marfil.

–Un seis –anuncia–. Esto significa que el muchacho tendrá que superar siete pruebas. Dejo a mi amigo De Seer la tarea de determinar la primera. Estoy seguro de que designarás un buen encargo que le hará cambiar de idea. Por lo que a mí se refiere, voy a seguir con mi trabajo sobre la vida de las hormigas. ¡Adiós a todos!

Y abandona la sala. A su vez se levantan los demás ministros.

–Di a tu sobrino que lo recibiré mañana a las diez –declara De Seer, dirigiéndose a Gervasio.

El viejo servidor se inclina profundamente a fin de disimular mejor su satisfacción. Después, y tan de prisa como le permiten sus piernas, se dirige hacia su casa.

AQUELLA NOCHE Stach hace que su tío le repita, por centésima vez al menos, el famoso sueño, así como lo sucedido en la trágica noche de la muerte del rey. ¿Está verdaderamente predestinado a ser el soberano de Katoren?

Sube al desván, busca por todas partes sus humildes posesiones: un retrato de su madre, la paleta de su padre, un fajo de escritos del difunto rey que el tío Gervasio le regaló un día.

Aproximadamente, éstas son todas sus riquezas; las sopesa: «Si no logro realizar las siete pruebas –se dice–, me haré albañil; es una magnífica profesión.» Pero en lo más hondo de su corazón está seguro de superarlas. Aunque sólo sea porque los diecisiete años son la edad en la que se vence a los gigantes, se decapita a los dragones y se confunde a las brujas. Examina las misivas del rey: en gran